

LOS GOLFINES

23 de julio de 1212

Ha pasado ya una semana desde los sucesos de Navas de Tolosa. Me veo ahora con la obligación de recordar las hazañas de mis amigos en el campo de batalla, pues ayer me dijo un anciano erudito que todo lo que se escribe en papel pasa a formar parte de la Historia. Y así lo haré. El mundo merece recordar a sus héroes, especialmente a los más valientes. Pero es difícil saber cómo empezar esta historia.

Si me permiten, voy a retroceder un par de meses, hasta diciembre del año pasado, cuando Los Golfines volvimos a ser siete. Y es que hubo veces que éramos menos y otras que éramos más. Lo que nunca había cambiado de la banda eran sus dos miembros originales: mi hermano Rodrigo y yo misma.

Ay, Rodrigo. Es la persona que más quiero y que más me ha querido. Era extremadamente alto, con una melena negra que recorría parte de su espalda y un pañuelo en la cabeza que no le quedaba nada bien. Le había dicho centenares de veces que se lo quitase, o que al menos lo limpiase, pero nunca me había hecho caso. Le encantaban los cuchillos, ya fueran pequeñas navajas o los que usan los carniceros. Tenía un manejo con ellos que asustaba a cualquiera que se cruzara en su camino. Además, sabía tirarlos a distancia y conocía el lugar exacto donde clavarlos para que sus enemigos cayeran al instante.

Fue Rodrigo quien cuidó de mí cuando nos quedamos sin hogar. Apenas recuerdo a mi padre, de él solo sé que un día desapareció para no volver más. Mi madre, la pobre, murió a los pocos días de alguna extraña enfermedad. Siempre

había sido una mujer muy pálida y de mala salud. Fue quien me enseñó todo sobre los libros.

Mi hermano y yo tuvimos que salir de casa con apenas dieciséis años. El conde nos ofreció quedarnos y ser campesinos, pero mi hermano se negaba. Quizás lo había escuchado de cuando leíamos en voz alta novelas de caballería, o quizás simplemente no quería ser toda su vida un triste agricultor. A mí no me hubiera desagradado vivir cuidando de mis plantas y de mis libros. Pero era una vida miserable y Rodrigo sabía que estaba destinado para algo más grande.

Fue así cómo abandonamos nuestro hogar y empezamos a deambular por los caminos de Castilla. La recorrimos entera, desde las montañas del norte hasta el sur, en el límite de lo que era tierra de sarracenos. Hicimos todo tipo de trabajos. Al principio, apenas sobrevivimos llevando mensajes de unos lados a otros, pastoreando ovejas o talando bosques. No era la vida que nos imaginábamos, ni mucho menos.

Pero todo cambió cuando un mercader nos ofreció una suma de dinero para protegerlo en el camino que hay de Salamanca a Medina del Campo. Llevaba alforjas cargadas de todo tipo de productos de lujo que decía que iba a vender al mercado que allí se hacía. Por aquel entonces mi hermano había aprendido a luchar con cuchillos que se fue encontrando en el camino, principalmente para defenderse de malhechores que pudiéramos encontrar. Yo, en cambio, no sabía nada. La cuestión es que cuando el mercader nos ofreció el trabajo por un triste puñado de monedas, él decidió que era una empresa mucho más rentable convertirse en un bandido que jugarse la vida por defender algo que no le pertenecía.

Y así fue cómo empezamos a ganar bastante dinero. Al principio a mí no me hacía mucha gracia, ya que los libros decían que los mejores caballeros como

Guillermo el Mariscal hacían precisamente lo contrario. Pero la verdad, ni éramos caballeros ni teníamos una mejor opción. Así que dejé de lado mis principios y acepté la daga con la que mi hermano me enseñó a combatir. Y no se me daba nada mal, pese a que algunos me subestimaban por el simple hecho de ser mujer.

Un día empezamos a encontrar a bandidos que nos atacaban y otros que querían unirse a nosotros. De los primeros nos deshicimos con facilidad, pero fue más difícil con los segundos. También estaban los que no eran bandidos, pero necesitaban de nuestra compañía. Acabamos aceptándolos porque nuestras presas eran cada vez mayores y trabajar en grupo siempre era más efectivo. Algunos nos traicionaron, otros nos robaron y varios hasta intentaron asesinarlos. Era imposible poder confiar en un grupo así.

Continuamente la banda iba cambiando de miembros. Solamente mi hermano Rodrigo y yo nos mantuvimos. Teníamos que ir cambiando de lugar continuamente, pues en cuanto conseguíamos algo de fama, los señores enviaban a sus ejércitos privados para acabar con nosotros. Imagino que era muy molesto que un grupo de jóvenes mal armados saqueara sus caminos y no permitiera ni a los pastores hacer su trabajo en paz. Estuvimos por Castilla, Navarra, Portugal e incluso Aragón. Íbamos allí donde había trabajo.

Y nos iba realmente bien. Tanto, que ninguno dudaba en cambiar de trabajo. Creo que la idea de Rodrigo de ser caballero había salido de su mente, pero de la mía jamás salió la de seguir viajando y contando historias. No sé si algún día alguien leerá lo que escribo, pero me gusta al menos saber que existe esa posibilidad. Quizás el lector se pregunte por el nombre de Golfines. No es más que el nombre de otro grupo de bandidos que nos hizo gracia y que copiamos. Nunca

llegamos a cruzarnos con los verdaderos Golfines, así que no hubo problema alguno.

Como ya he repetido, los Golfines siempre fuimos rotando de miembros. Pero todo cambió hace unos ocho meses, en diciembre, cuando encontramos al séptimo miembro de la banda y, desde entonces, no necesitamos a nadie más con quien compartir nuestras riquezas. Pero antes de llegar al séptimo miembro, creo que el resto merece también tener su presentación.

Todo empezó después de nuestra primera gran derrota. Un grupo de mercenarios armados se cruzó en nuestro camino y pasamos de ser diez a tan solo dos. Nunca había sentido tanta pena por ver morir a gente que me importaba. Me había encariñado de ellos, pero mi hermano me insistió en que debíamos esforzarnos por empezar de nuevo. Os podéis imaginar. De un día a otro, pasamos de tenerlo todo a no tener nada. De ser una alegre compañía de diez bandidos a dos vagabundos que se vieron obligados a mendigar por un poco de pan.

Pero Rodrigo jamás se rendía, y cuando se recuperó volvió a las andadas. Los dos solos saqueábamos a pequeños viajeros, pues ya no podíamos entrar en pequeñas villas como hacíamos antes ni enfrentarnos a grupos armados, pero teníamos esperanza de que algún día volveríamos a ser un grupo grande con altas aspiraciones.

Fue así cómo llegó Mencia. Estábamos, si no recuerdo mal, en la frontera entre Galicia y Portugal. Teníamos nuestra base entre unas grandes rocas en medio de un desfiladero donde nadie nos molestaba. Una noche, vimos a una joven pelirroja, con la cara llena de pecas, huir por ese mismo camino. Nos encontró y pidió nuestra ayuda porque decía que la estaban persiguiendo. Y al segundo

apareció una multitud con antorchas en las manos en busca de una mujer a la que acusaban de brujería. Por su culpa tuvimos que huir de allí, aunque ganamos una nueva aliada para nuestro cometido. Al principio me preocupó que las acusaciones fueran ciertas, pues los libros hablaban muy mal acerca de esa clase de mujeres. Pero su habilidad con el arco nos vino de lujo para cazar, así como sus hierbas para que mi hermano pudiera recuperarse de sus heridas. Era una chica muy reservada, que apenas hablaba, pero era útil. Y para los Golfines, eso era lo que importaba.

El siguiente fue Tristán. Ay, Tristán, por dónde empezar. Para que os hagáis una rápida idea, era el típico hombre del que toda mujer se enamoraría. Una perilla bien marcada, un rizado cabello propio de príncipes y una habilidad para tocar el laúd que despertó en mí una gran pasión por la música. Tristán no sabía luchar y eso solía ser sinónimo de expulsión inmediata de los Golfines. Pero lo acabamos acogiendo por lo bien que tocaba el laúd y lo mucho que nos gustaba escucharle. Luego descubrimos que era sigiloso y se convirtió en una pieza fundamental para los saqueos nocturnos. A Rodrigo no le gustaba actuar en silencio, pues decía que era propio de cobardes, pero cuando pudimos volver a beber vino y a comer carne no volvió a protestar. Ay, Tristán. Creo que estaba enamorada de él, pero nunca me dio tiempo a decírselo.

Los cuatro éramos felices. Nos iba muy bien por los caminos, y no había noche en la que no pudiéramos pagarnos una buena cena en una decente taberna. Sospechaba que Rodrigo y Mencía habían empezado a intimar cuando todas las noches dormían en la misma habitación. De ser cierto, nunca terminé de saberlo, ya que lo ocultaban bastante bien. Yo me mantuve al margen con Tristán cuando llegó otra más a la banda. Se llamaba Leonor, y decía ser una princesa que se había escapado de casa. Nunca terminé de creerla, pero sabía luchar y se unió a

nosotros. Supe que se acostaba con Tristán porque los encontré metidos en la misma cama. Intenté que me diera igual, pero lo cierto es que me moría de celos.

Un día, deambulando por caminos manchegos, nos cruzamos con un caballero vestido con placas de metal desde los pies hasta la punta de su cabeza. Nos sorprendió encontrarlo allí, solo y sin caballo. En la mano portaba una espada muy grande. Y como Rodrigo quería una armadura, fuimos a por él. El plan era sencillo: atacarlo hasta dejarlo inconsciente y, justo en ese momento, desnudarlo y llevarnos su armadura y lo que hubiera en sus alforjas. No nos gustaba asesinar a gente, pese a que siempre acabábamos matando a alguien en nuestras incursiones. Al principio nos carcomía la culpa, pero cada vez nos importaba menos.

Así pues, fuimos a por el caballero. Tristán insistió en hacerlo en sigilo, pero Rodrigo quería mostrarse como un valiente. Pobre iluso. Todos nos lanzamos al ataque, pero la manera en la que nos recibió realmente nos asustó. El hombre sabía luchar como ninguno, y por un momento temí que él solo pudiera acabar con nosotros. Es lo que tenía este tipo de vida: puedes triunfar en mil saqueos pero basta que tu destino se cruce con un rival más fuerte para que tus gestas lleguen a su fin.

Leonor fue la primera en caer. Y pese a los celos me dio pena ver su cabeza degollada con un tajo limpio por la espada del hombre. El caballero había derribado a Rodrigo e iba a por Tristán. Debió pensar que era más inteligente derrotar a los varones primero, pero en su camino se cruzó Leonor y no dudó en deshacerse de ella. Todos nos quedamos sorprendidos de ver aquello, quizás porque hacía tiempo que no moría nadie de la banda. Pero Mencía, que parecía sentir menos las cosas que el resto, aprovechó para clavarle una flecha en la rodilla que le hizo perder el equilibrio. Tristán, preso de la ira, cogió la espada del hombre, le quitó el yelmo y le

colocó su propia espada en el cuello, con intención de acabar con su vida. El hombre cerró los ojos y aceptó en silencio su destino, pero su forma de actuar debió de sorprender a Rodrigo, que ordenó a Tristán que no hiciera nada.

Ninguno entendíamos qué hacía mi hermano, pero el hombre empezó a contarnos su historia. Decía llamarse don Fernando de Santa María, un noble que acabó desterrado en tierra musulmana, donde trabajó como mercenario, pero había regresado a Castilla donde se valoraban mejor sus servicios como caballero. Así que Rodrigo le propuso que fuera el caballero de Los Golfines. Todos protestamos, pero mi hermano nos explicó que necesitaban una espada fuerte para poder empezar a conseguir grandes victorias. Era un soñador, desde luego. Yo creo que en el fondo tenía ambiciones de ser el nuevo Cid y conquistar su propia ciudad, pero no era yo la persona que debía pararlo.

Y fue así cómo don Fernando se convirtió en uno más de los nuestros. Al principio le costó adaptarse, cosa que entendí; un hombre cuya vida se basa en el honor ahora tenía que hacer lo contrario a lo que dictaban sus ideales. Al final, nuestro oficio consistía en arruinar la vida de gente honrada. Fue por eso que al principio el caballero no nos resultó muy útil, pues solo luchaba cuando los enemigos eran otros bandidos. Pero cuando lo hacía, era emocionante ver la forma en la que combatía.

Éramos cinco, pero mi hermano estaba obsesionado con la idea de que fuéramos siete. Decía que era el número mágico. Siete días tenía la semana, siete dioses principales habían tenido los romanos, siete eran los pecados existentes y siete eran los años que habían pasado desde que dejamos nuestro hogar. Con todo, la oportunidad de ser más llegó con la persona menos esperada.

Se llamaba Fray Pedro. Había sido un antiguo cura que cuando se dio cuenta de que dar discursos en una parroquia no era suficiente se fue por todo el continente combatiendo herejías con su propia espada. Sin embargo, no tardó en volver a la parroquia cuando se dio cuenta de que estaba pregonando la palabra de Dios con el filo de su hacha. Empezó a propagar discursos que sentaron mal a la Iglesia y fue expulsado. Sin lugar a donde ir, cogió su arma y su cruz y empezó a deambular por Castilla, cuestionando aún su fe. Es el hombre más inestable que he visto en mi vida. Se unió a nosotros sin dudarlo, pero luego salió. A los pocos días nos suplicó que le hiciéramos un hueco de nuevo. Había veces que luchaba como un auténtico guerrero y otras en las que se quedaba rezando. Rodrigo los quería asesinar cuando la situación se complicaba y los dos mejores guerreros se quedaban atrás sin hacer nada. Pero, al menos, ya éramos seis.

Del último no puedo decir mucho. Era un hombre muy extraño y misterioso, que jamás dijo palabra desde el día que aceptó unirse a nosotros. Lo llamábamos “Sin Nombre”, y lo único que sabíamos de él era que estaba siendo perseguido por asesinato y que era barbero. A cambio de ayudarnos, le dejábamos los cuerpos de nuestras víctimas para que hiciera lo que placiera con ellos. Era un tipo realmente espeluznante. Pero lejos de eso no daba problema alguno y sus dotes como asesino eran sorprendentes. Podía acabar con la vida de una persona en cuestión de segundos tan solo acertando el punto exacto de la pierna donde clavar su bisturí.

Y con ello llegamos a ser siete. Los Siete Golfines. La desconfianza que había al principio no tardó en convertirse en una camaradería que nos unió aún más. Juntos, empezamos a hacernos ricos y a ser temidos en todos los caminos castellanos.

Pero esta fama tiene sus graves consecuencias. Cada vez con mayor frecuencia, grupos armados empezaron a perseguirnos por orden de algún señor e incluso del mismísimo rey. La situación se volvió más complicada cuando apenas salíamos vivos de esos combates. Los caminos recibieron mayor vigilancia y las ganancias fueron menores. Algunos señores incluso intentaron contratarnos como mercenarios, pero los Golfines nunca luchábamos por otro que no fuera nosotros mismos.

Y por todo eso decidimos abandonar Castilla y adentrarnos en la tierra sarracena, dentro de los montes de Sierra Morena. Allí encontramos un nuevo paraíso. Centenares de viajeros que no habían escuchado nuestro nombre y cuya inocencia nos volvió a enriquecer. Acabamos también con otros grupos de malhechores que vivían por ahí y nos convertimos en los verdaderos amos de aquellas tierras. Era el sueño de Rodrigo: un lugar que nos perteneciera. Quizás no hubiera grandes castillos, palacios y ciudades, pero aquellos caminos eran nuestros. La vida parecía perfecta. Sin embargo, sabíamos que era cuestión de tiempo perderlo. Algo que llegó de la manera más inesperada.

Lo que voy a contaros ocurrió hace una semana. Cenábamos tranquilos en una taberna de Santa Elena, todos juntos como una familia. Aún soy capaz de contaros lo que se dijo como si estuviera viviéndolo de nuevo.

—Atención, atención.

Rodrigo se había levantado de la mesa, como tanto le gustaba hacer, haciendo ese ruido suyo tan característico de chocar las jarras de cerveza para que todos los ojos se posaran en él.

—Creo que es el momento de celebrar nuestras victorias. Tenemos más oro que nunca, más cerveza de la que jamás hubiéramos imaginado y carne para alimentarnos durante varias vidas. ¡Quién lo diría! —Un par de hurras sonaron entre los miembros de la banda, a excepción de “Sin Nombre” que siempre bebía en silencio. —Hace meses estábamos desamparados por los caminos de Castilla, sin hogar y con ejércitos persiguiéndonos sin cesar. Recuerdo la de noches que tuvimos que acostarnos con el estómago vacío. Pero atrás quedan esos días. Lo que a partir de ahora se avecina es únicamente gloria. ¡Sólo gloria, amigos! ¡Por los Golfines!

—¡Por los Golfines! —exclamó el resto, alzando sus cervezas y brindando con su líder.

Era una noche de celebración, pero notaba a Rodrigo diferente. Sus ojos no nos miraban como siempre lo hacían. Había una falta de brillo a la que no estaba acostumbrada. Y mis sospechas no tardaron en confirmarse.

—Pero tengo que daros una noticia. Una mala noticia, me temo.

Esas palabras sentaron como una daga en el pecho para el resto de Golfines. Rodrigo era el cabecilla del grupo y el encargado de levantar nuestros ánimos. No era fácil una vida así, donde en cualquier momento podías encontrar la muerte y en la que nunca se podía tener un sitio al que llamar hogar. Pero mi hermano era capaz de no abandonar nunca la sonrisa y, pese a todo lo que nos había ocurrido y a todos los miembros de la banda que habíamos tenido que enterrar, siempre sabía salir hacia adelante.

Sólo que aquella vez era diferente. Quizás el resto no se daba cuenta, pero para mí era demasiado sencillo saber cuándo su mirada cambiaba. Además, sabía lo que nos quería decir. En mi mente lo negaba, pues no estaba dispuesta a creerlo, pero hacía una semana que me había dicho que se estaba empezando a cansar de

esa vida y que quería empezar una nueva donde la palabra hogar estuviera presente dentro de ella. Imagino que querría formar una familia y yo lo entendía, quizá porque yo también anhelaba lo mismo.

—¿Qué ocurre, Rodrigo? —preguntó preocupado Tristán, dejando su laúd de lado. La música se había cortado, y tan solo quedaba un silencio aguardando las palabras del líder.

—No me es fácil hablar cuando lo que tengo que decir no me gusta ni a mí. Pero he de hacerlo. —Su mirada se posó en cada uno de nosotros, como si deseara darnos la noticia sin tener que abrir la boca para evitar el dolor que eso suponía. —Los Golfines llevamos demasiado tiempo en los caminos. Algunos solo lleváis aquí un par de semanas, pero mi hermana y yo llevamos años deambulando por aquí y por allá. Viviendo una vida feliz, pero también rodeados de muerte y sufrimiento. De no saber lo que es un hogar y sin tener ninguna esperanza de formar una familia.

—¡Pero nosotros somos tu familia! —protestó el caballero Fernando. Se me hacía aún raro ver la buena manera en la que se había integrado dentro del grupo.

—Lo sois, de eso no cabe duda. Pero llegará el día en el que seamos viejos. En el que nuestras piernas y nuestros brazos no sean capaces de moverse como antaño. Sin que nos demos cuenta, no seremos tan rápidos para desenvainar la espada y una flecha nos atravesará el cuello. Y quizás seré egoísta si lo digo, pero empiezo a imaginar la comodidad de un hogar y de una vida más sencilla y me cuesta rechazar la imagen que se crea en mi cabeza. Sólo pido que me entendáis.

Hubo un silencio absoluto en la sala. Nadie se hubiera podido imaginar jamás que, en el mejor momento de la banda, su líder estuviera dispuesto a querer que se terminara.

—¿Es el fin de los Golfines? —rompió el silencio fray Pedro.

—No, en absoluto. No obligaré a nadie a seguirme. Sois libres de seguir aquí quien quiera. Los Golfines cambian sus caras, pero nunca mueren.

En ese momento, Mencía, como si fuera la actriz de una obra de teatro, se levantó para tomar la mano de Rodrigo. Fue ahí cuando entendimos que no solo perdíamos a un Golfín, sino a dos. Y nos dolió aún más.

Pasamos la noche como pudimos. Había tristeza, pero los esfuerzos de Tristán por animarnos dieron sus frutos y supimos disfrutar de una última noche de despedida. Todos nos emborrachamos y bailamos. Nos queríamos mucho; éramos una verdadera familia y eso jamás iba a acabar.

Por lo que a mí atañe, tenía mis dudas sobre qué hacer. Rodrigo me sugirió irme con él y Mencía esa misma noche, y aunque mi primera reacción fue decirle que no, terminé aceptando. Algo me decía que algún día volvería a los Golfines, aunque por ahora tenía que seguir a mi hermano.

Sin embargo, el mundo dejó de girar en el momento en el que, aún con el resto de la banda dormida, unas trompetas de guerra sonaron como relámpagos en las montañas. Nuestra posada estaba ubicada en un valle y el miedo que sentí al oír los sonidos de guerra fue todavía mayor cuando tuvieron su respuesta en el otro lado.

Al principio, pensé que seguía dormida y que los ruidos estremecedores habían salido de lo más profundo de mis pesadillas. Pero cuando los sonidos se repitieron me di cuenta de que era la pura realidad, sintiendo aún más miedo.

Me gustaba luchar, pero a mi manera. En los caminos, atacando a pobres viajeros o, como mucho, a otros bandidos, sin que el mundo cambiara y sin que hubiera un gran riesgo de encontrar la muerte. Aunque, lamentablemente, muchos

de los amigos habían encontrado ese destino. Pero entendía que era algo natural y que podía pasar. Sin embargo, una guerra era la muerte. La había leído en los libros y en las canciones de Tristán y, aunque era gratificante escuchar las gestas de sus héroes, me daba pavor el imaginarme cómo sería estar en un campo de batalla lleno de barro y sangre.

Enseguida corrí al despertar al resto, pero me los encontré ya vestidos en sus habitaciones. También habían escuchado las trompetas. En ese momento, el caballero don Fernando nos iluminó. Nos contó que había oído a algunos viajeros hablar de que los reyes cristianos planeaban unirse para acabar con los musulmanes. Nos dijo que no lo había tomado en serio ya que era imposible unir a reyes que se odiaban entre sí, pero las trompetas demostraban lo contrario y que los sarracenos habían respondido a la afrenta. Con tan mala suerte de que habían elegido nuestros caminos como terreno para la batalla. Lo peor era que no había forma alguna de escapar: por el norte estaban los ejércitos cristianos que tanto deseaban ver nuestras cabezas en un par de picas; por el sur, los musulmanes, a los que algunos llamaban almohades por venir del norte de África, nos encontrarían y, si Dios estaba de nuestro lado, nos esclavizarían. Algunos sugirieron intentar atravesar las montañas por el oeste, pero era imposible. Tardaríamos demasiado, el tiempo justo como para que las flechas nos alcanzaran. Sólo quedó una única solución.

Fue Mencía, la joven pelirroja aficionada a las hierbas, la que sugirió volver con los castellanos. Algunos, yo incluida, la tachamos de loca, pues eso suponía una muerte al instante. En cuanto nos vieran ir a por ellos montados en los caballos, nos acribillarían como conejos. Pero fray Pedro la apoyó; era intentar unirse a los ejércitos cristianos o morir en el intento. Y los Golfines nunca iban a morir si no era

combatiendo. Fue Rodrigo el que tomó la decisión final haciendo entrar en razón a los que aún no lo veíamos como una buena idea. En el fondo sabía por qué lo hacía: quería buscar el perdón real y con ello conseguir el hogar que tanto ansiaba. Ay, Rodrigo. Si pudieras leer esto, te diría lo traicionada que me sentí en ese momento. El joven pillo que rechazaba el orden y la ley, ahora quería conseguir el perdón de los reyes poniéndose a su servicio. Pero no lo podía odiar; era mi hermano.

Los siete nos montamos en los caballos y atravesamos con velocidad el camino que llegaba hasta el ejército de los cristianos. Lo que vimos al fondo nos sorprendió. Jamás había visto a tantas personas juntas. No sabría cifrar la cantidad de soldados y caballeros que había allí e imagino que las crónicas que se escribirán sobre esa batalla lo harán mejor que yo, pero eran tantos que era imposible poder ver dónde terminaba.

Por suerte o por desgracia, el destino hizo que ningún caballero diera la orden de disparar. Imagino que no tendrían miedo de siete jóvenes con una bandera blanca en lo alto y expuestos a la muerte. Pero a mí me atemorizaba la idea de que de un momento a otro una flecha pudiese atravesar mi pecho y, con ello, acabar mi existencia para el resto de la eternidad. Pero, como digo, por suerte no sucedió.

Al llegar a las filas de los que todavía eran nuestros enemigos, algunos nos reconocieron. Éramos un grupo demasiado variopinto, y cualquiera que viera a un médico, un trovador, un caballero y un monje juntos sabría de quiénes se trataría. Nos insultaron y no tardaron en pedir nuestras cabezas. No porque les importaran lo más mínimo las vidas de los viajeros que habían muerto en los caminos, sino porque por nuestra culpa parte de sus rentas habían disminuido al no poder comerciar como solían hacerlo. Rodrigo intentó defenderse de las acusaciones,

argumentando que solo querían luchar como buenos cristianos, pero no tenía nada que hacer frente al conjunto de caballeros con ganas de empezar a derramar sangre.

En medio de aquella contienda apareció un hombre que con tan solo imponer su presencia convertía el caos en silencio. Descubrí más tarde que se trataba de Diego López II de Haro, al que algunos llamaban “El Bueno” y otros “El Malo”. Sea como fuere, era un hombre muy alto, con el rostro severo y dos espadas colgadas en su cinturón, desgastadas por la cantidad de enemigos a los que habían dado muerte. Nos preguntó quiénes éramos y cada uno tuvimos el honor de poder presentarnos. Digo honor porque luego descubrí que era el señor de Vizcaya, la mano derecha del rey Alfonso, quien había confiado en él la vanguardia del ejército. Dijo conocer a los Golfines de oídas, pero que de poco le importaba lo que habíamos hecho si podíamos combatir por su espada. Pese a nunca haber sentido fascinación por reyes y nobles, mentiría si dijese que ese momento no me emocionó.

Todos parecimos estar de acuerdo en combatir por ese señor. Rodrigo, Mencía y yo misma lo hacíamos por conseguir un nuevo hogar; el caballero tenía la oportunidad de recuperar el honor que había perdido; Fray Pedro creía que la única manera de reencontrarse con Dios era en el campo de batalla; y “Sin Nombre” simplemente afirmó y preparó sus armas. Solamente Tristán se opuso. En ese momento lo queríamos matar, pero no se le ocurrió otra cosa que pedirle al señor de Vizcaya que nos nombrara caballeros o no lucharíamos. Todo el mundo estalló en carcajadas, menos el señor. No sé cómo, pero tomó en consideración sus palabras y nos prometió ser nombrados caballeros si demostrábamos ser valientes en el campo de batalla. Era justamente el impulso que necesitábamos para luchar.

Rodrigo volvió a motivarnos a nosotros mientras nos hacíamos un hueco entre el resto de soldados. Recuerdo lo que dijo:

—¡Golfines! Sé que nunca nos habíamos imaginado acabar en medio de una batalla. Y menos aún en una de las más grandes batallas que jamás se han hecho. No lo veáis con miedo, sino como una oportunidad. El momento perfecto para terminar en los libros de historia. Luchad con valentía, pero sin olvidar jamás quiénes somos. ¡Por los Golfines!

—¡Por los Golfines! —exclamamos el resto al unísono, alzando nuestras armas.

Y lo cierto es que los mismos caballeros que nos habían mirado con desprecio y desdén ahora sentían hasta cierta admiración por nosotros. Ellos solían combatir solos, si acaso con un escudero del cual desconocían hasta su apellido. Pero allí, en medio de grandes mesnadas de desconocidos, se había erigido un grupo de amigos que estaba dispuesto a combatir hasta hallar la muerte.

Sin embargo, el miedo volvió cuando al fondo pudimos observar al ejército de sarracenos. Si no tenía adjetivos para describir lo que sentí cuando vi al contingente cristiano, era un esfuerzo aún más inútil buscarlos para el de los musulmanes. No quiero exagerar, pero perfectamente nos duplicaban o incluso nos triplicaban en número. Eran pequeñas hormigas sin fin, vestidas con oscuras prendas, de las cuáles sólo sabíamos que tenían el objetivo de acabar con nosotros. Tocaban trompetas y tambores de guerra y chillaban como auténticos salvajes. Muchos de nosotros quedamos inmovilizados por el miedo de la grotesca situación, pero los cristianos no eran menos valientes y respondieron con más gritos y arengas de guerra. Solo había una opción: ganar o morir. Y nadie de allí quería morir.

Y fue así cómo empezó la batalla. Nosotros, la vanguardia, fuimos los primeros. Nos siguieron por los flancos los caballeros navarros y aragoneses, además de un grupo de franceses, ingleses y escoceses que habían venido desde tierras muy lejanas para luchar por Dios. Los llamaban cruzados, y eso me hizo preguntarme si nosotros también estábamos siendo cruzados. Lo único que queríamos era salir con vida y obtener el perdón del rey, pero en el fondo a todos nos emocionaba estar combatiendo por lo que fray Pedro decía que era una causa justa.

Íbamos sin escudos, pues nunca habíamos tenido ninguna necesidad de tenerlos. Pero algunos caballeros castellanos se ofrecieron a protegernos de las flechas con la que los enemigos nos recibieron en el campo de batalla. Gesto que nos ganó unos segundos más de vida.

No lo recuerdo todo de la batalla, pero sí la sensación de que sucedió demasiado rápido. La carga de la vanguardia había tenido éxito y nos permitió adentrarnos en las filas sarracenas. Don Diego López, el señor de Vizcaya, lideraba la lucha, montado en lo alto de su caballo y acabando con el enemigo con la misma facilidad que la de segar el campo. La primera fila de almohades iban en su mayoría sin caballo y eso nos dio una gran ventaja que supimos aprovechar. Ellos eran más, pero nosotros éramos mejores.

Sin embargo, todo se vino abajo cuando, tras romper la primera línea, nuestra vanguardia chocó con el cuerpo de élite del ejército almohade, que ya iba a caballo. Eran muchos más y no tardaron en envolvernos por los flancos. En ese momento empecé a ver cómo los castellanos caían. Era estremecedor. Algunos eran decapitados, otros atravesados por la espalda y muchos eran tirados de los

caballos para morir pisoteados. Nuestro caballero, don Fernando, fue el primero en morir de los Golfines y lo hizo con una sonrisa en el rostro.

Se había desatado un verdadero infierno. “Sin Nombre” fue el segundo en caer, pero lo hizo de una forma gloriosa, acabando él solo con diez enemigos. Oí unas palabras de su boca cuando finalmente cayó al suelo. No las recuerdo bien, pero decía algo de una mujer. Y finalmente fray Pedro, uno de los Golfines más valientes que han existido, murió con la cruz en la mano, en paz, habiendo al fin conseguido reencontrarse con Dios antes de irse al Paraíso.

Encontré a Rodrigo en medio de la batalla. Luchaba sin cesar. Era impresionante ver a mi hermano así. En medio de caballos y caballeros, él luchaba de pie, con sus cuchillos, siendo muy molesto para los enemigos que no esperaban encontrarse con alguien como él. Pero frenó cuando vio cómo Mencía era brutalmente asesinada, de una manera muy cruel. Le habían arrancado la cabeza para luego dejar que los caballos la hicieran añicos. Y fue precisamente esa leve pausa la que hizo a mi hermano despistarse y recibir en el pecho una lanza enemiga.

Era un infierno ver a mis amigos caer así. No era precisamente algo a lo que uno se acostumbra. Pero ver a mi hermano morir... eso sí que no me lo esperaba. Siempre había estado a mi lado, siendo la persona que más me había apoyado y protegido, la que siempre me había escuchado. Había hecho todo por darme una buena vida, pero ya no estaba. Tan sólo había quedado su recuerdo, el cual no pensaba dejar que desapareciera. Fue triste, no lo duden. Llevo toda la semana llorando, y aún quedan muchos días para que el dolor disminuya. Pero también tengo una sonrisa por haber podido tener un hermano así que jamás va a desaparecer.

Os preguntaráis cómo acabó la batalla. El bardo Tristán y yo sobrevivimos. Me hizo ilusión ver que al menos él no había caído y que yo no era la única Golfina que iba a salir con vida de allí. Lo cierto es que el pobre recibió un golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento. Los enemigos pensaron que estaba muerto y lo ignoraron. Por mi parte, luché como pude. Quizás no fui muy valiente y no me expuse demasiado. Creo que no todo el mundo puede ser tan valiente como mi hermano. Pero al menos ahora puedo hacer que el mundo conozca la historia de estos valientes que lucharon por salvar al resto.

La batalla, como decía, se decidió cuando el rey en persona acudió a salvar a la vanguardia en una carga suicida donde puso en jaque a toda su caballería pesada. Los otros reyes lo apoyaron y juntos lograron destrozar las filas almohades. El pánico ahora había pasado a su lado. Empezaron a correr en retirada y los cristianos los persiguieron hasta bien entrada la noche. El mismísimo califa tuvo que huir cuando el rey de Navarra acabó con sus propios guardias. La victoria fue total. Era la primera batalla que había vivido en mi vida, y espero que la última, pero lo cierto es que fue algo majestuoso de ver. Una gran cruz de los cristianos se erigió sobre el campo de batalla y todos celebraron con gritos de júbilo el éxito. Algunos gritaban porque al final podrían expulsar a los sarracenos de la península, y otros por simplemente haber logrado sobrevivir.

Tristán y yo no nos unimos a las celebraciones porque aún estábamos asimilando que todos nuestros amigos habían muerto. Los buscamos entre las víctimas y conseguimos subirlos todos a un carro. Me resultó extraño que hubieran muerto con una sonrisa, como si en el fondo supieran que habían encontrado la muerte gloriosa que tanto deseaban tras años de vida deshonrosa. El señor de Vizcaya, como nos prometió, nos nombró caballeros y señaló ante el resto el valor

de los Golfines, dejándonos partir a los dos con el carro para poder darles un entierro digno. Y ahora, una semana después, hemos llegado a nuestro destino, al mismo lugar donde nació la banda. Me pregunto qué será de los Golfines ahora que no está mi hermano. Quizás haya llegado la hora de poner su fin. O quizás solo sea el principio de muchas más aventuras.

FIN